

## DISCURSO CONTESTACIÓN

DEL

ACADÉMICO NUMERARIO DON ALFONSO REY PASTOR

SEÑORES:

Hace un año, en este mismo sitio, leía yo unas cuartillas, en las que exponía los rasgos geomorfológicos del «Peñón toledano», bosquejando su proceso evolutivo, su aspecto fisiográfico y su constitución petrográfica; definíamos la categoría que le corresponde como elemento geográfico, y por último, analizábamos el trazado urbano de las calles, amoldándose a la configuración del basamento natural. Acto seguido pronunciaba su discurso de contestación D. Hilario González, emocionado por el cariño que sentía, tanto hacia mi modesta persona como a todo cuanto a Toledo se refiere. En estos momentos no puedo menos de hacer constar la dolorosa impresión que me produce su falta entre nosotros, así como la de nuestro también querido compañero D. Juan Moraleda y Esteban.

Hoy señores, un artista, magistralmente por cierto, nos acaba de hablar del promontorio toledano como manantial inagotable de inspiración, como repertorio sin fin de motivos pictóricos y como Escuela magna de educación artística; es el laureado pintor toledano y toledanista D. Enrique Vera y Sales.

Esta Real Corporación de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, recibe un alto honor con el ingreso del nuevo Académico, tanto por sus méritos personales, como por representar el apellido *Vera* una familia de artistas, que en Toledo ha desarrollado una obra magna, admirada por todos.

Las hermosas pinturas de la capilla del Alcázar destruída por el incendio, fueron obra de Pablo Vera, abuelo de nuestro amigo Enrique, y no menos inspirados fueron sus lienzos y frescos decorativos de numerosos palacios en Madrid.

Del gran maestro D. José Vera, nada debemos decir, pues es

bien conocido y querido de los toledanos; los techos de la Sala Capitular baja del Ayuntamiento y la decoración de la capilla de la Fábrica de Armas, bastan para juzgarle, y a sus dotes artísticas debe añadirse una actividad constante en el trabajo, contándose por centenares sus obras maestras, en la mayoría de motivos toledanos.

Otro Vera está ejecutando una labor admirable pro Toledo, acumulando apuntes y cuadros de paisajes toledanos para formar varias exposiciones en América; es el también notable artista Pablo, hermano de Enrique, que ha sabido obtener buen provecho de las enseñanzas de su padre.

Toledo, la ciudad tesoro del Arte, reúne además la condición de ser cuna de legiones de artistas y Escuela única por la que desfilan un fin de aficionados, profesionales, aprendices y maestros.

Nuestro compañero Enrique, viene a esta Academia con un sólido bagaje de méritos indiscutibles. Educado en un ambiente tan propicio a sus ideales, bajo la dirección de su padre, pronto se destacó como temperamento de artista y marchó a completar sus estudios al lado de Sorolla y Emilio Sala, cursando además en la Escuela de pintura de San Fernando, con notas de máximo aprovechamiento y medalla de primera. En cuantos certámenes ha tomado parte, ha salido triunfante, colmado de recompensas y satisfacciones.

No es ocasión ésta para hacer un juicio crítico de sus obras, tanto por ser innecesario todo elogio, como por herir la modestia del autor, pero sí queremos hacer un ligero comentario respecto a su pintura del paisaje de Toledo.

Vera, enamorado de la Naturaleza, dedica sus mayores desvelos a la copia del paisaje; ha pintado mucho, y en sus lienzos ha sabido aprisionar pintorescas vistas de Austria, Italia y Portugal, pero sobre todas ellas se destacan los cuadros de Toledo, en los cuales se ve el cariño con que manejó los pinceles, perpetuando los maravillosos rincones y las gloriosas ruinas de nuestra ciudad.

Los paisajes toledanos de Vera, tienen algo especial, sorprendente, que los críticos de Arte sabrán definir y razonar, algo que establece una diferencia muy notable entre los cuadros de Vera y los de otros artistas también de alta talla. Yo, profano en la materia, creo, señores, que para interpretar el colorido del paisaje

de Toledo hace falta vivir largo tiempo aquí y estar compenetrado en la grandeza del Arte e Historia de este pueblo.

Al contemplar los cuadros de Vera, lo mismo que los de nuestro querido compañero D. Pedro Román, vemos en seguida que se nos presenta a la vista Toledo con su fisonomía propia, con sus contrastes de perspectiva, sus tonalidades de luz, inconfundibles para nosotros los toledanos.

Dentro de una imparcialidad en la copia, Vera ofrece una personalidad relevante armonizando la verdad con el sentido estético y el espíritu artístico. Esta circunstancia hace que recibamos a Vera, no sólo como artista que ha llegado a la cumbre de su carrera, sino como leal y entusiasta propagador de las glorias toledanas, interpretadas en sus lienzos con una sinceridad tan notable como lógica, culminando sin embargo en la técnica del colorido y composición.

\*  
\*\*

La ciudad de las leyendas determina múltiples facetas para su estudio, y en cada una de ellas siempre se encuentran contrastes y sorpresas sin fin.

El paisaje toledano, además de su nota ruda, vibrante y emotiva, nos presenta mutaciones caprichosas y modalidades diversas, efecto de la curiosa situación del cerro o montículo asiento de la ciudad. El escenario se presta a que el Artista busque el fondo más adecuado a su gusto y a poder impresionar centenares de cuadros tan variados como interesantes.

Colocado el observador a media ladera, en la vertiente de la ciudad hacia el Tajo, contempla ese panorama que tan magistralmente nos ha bocetado Vera en las cuartillas que acaba de leer. El frente de los cigarales avanza con sus masas rocosas que nos parecen montañas, y en nuestra orilla, los torreones del Alcázar aumentan la sensación de altura del promontorio toledano y nos creemos estar situados al pie de una cumbre descomunal.

Si ahora nos emplazamos en las suaves lomas de San Servando, veremos otra vez, frente por frente al fantasma del Alcázar, pero ya no nos asusta por su elevación, sino por el contrario, lo contemplamos en nuestro mismo plano de nivel; la distancia que

nos separa, apenas si llega a 500 metros, y si nos dejásemos llevar por nuestra primera impresión, intentaríamos llegar al Palacio Imperial en cinco minutos según la línea recta, pero la realidad se impone y el foso se presenta de improviso con una profundidad de 100 metros; sus taludes son tan rápidos, que hay que desistir de la conquista de frente, y nos disponemos a dar el rodeo conveniente en un recorrido de 2.400 metros con la contrariedad de sus pendientes.

Las montañas para el Artista, son para el Geólogo laderas escarpadas de una meseta, la meseta toledana en la cual se cultivan los seculares olivos, los simpáticos albaricoqueros y los almendros, que en febrero, ya en flor, nos hacen creer que ya cesaron los fríos.

Esta meseta, formada de compactos materiales cristalinos pertenecientes a la primitiva corteza terrestre, ha sido, sin embargo, seccionada por un elemento tan débil como el agua del Tajo, en virtud de un fenómeno natural de erosión y según unas leyes verdaderamente caprichosas.

Cuando paseamos por las frondosas calles de olmos de la Vega Baja, lo mismo Artistas que aficionados al Arte, contemplamos ahora el paisaje de la ciudad en su frente N., recorreremos con la vista la silueta festonada por torreones, espadañas, cúpulas y campaniles airosos (los entornamos instintivamente al llegar a chocar con la antiestética Diputación), y encontramos como una de las razones de la belleza del paisaje, la armonía del relieve que le presta el pedestal majestuoso y proporcionado.

Si en cambio nos emplazamos en algún punto alejado de la meseta sedimentaria que se extiende hacia el N., o bien nos acercamos a Toledo por la carretera de Avila (kilómetros 5 a 6), o por la de Madrid en las proximidades de Olías, nuestro desencanto es enorme; se nos presenta Toledo en el fondo de una depresión, sin relieve alguno; solamente lo percibimos por el efecto policromado de sus tejados rojizos, cúpulas grises y manchas verdes de algunos jardines.

Todas estas impresiones distintas del panorama toledano, efecto de los puntos de observación tomados, son materia propicia de estudio para los paisajistas, aliciente para recoger todas las expresiones de acento de nuestra ciudad y las modalidades de figura y perspectiva.

Por lo que respecta al colorido, encontramos análogamente

una rica variedad de tonalidades, según la hora, el sitio y la estación. La umbría misteriosa del fondo de los peñascales en los barrancos afluentes al Tajo, a ciertas horas desaparece, y al penetrar los rayos del Sol, ofrecen hermosos reflejos en las rocas los cristalitos de cuarzo, y vibrantes destellos las pequeñas láminas de mica coloreadas por diversos óxidos metálicos.

El Sol ardiente de julio y agosto, crea una atmósfera opalina que envuelve a Toledo en un velo de monotonía que le priva de relieve, y entonces al presentarse la ciudad como fondo de paisaje, lo hace con un aspecto misterioso y sugestivo.

Las brumas del Tajo, propias de noviembre y diciembre, se originan de un modo especial: los vapores de las aguas del río en su cauce encajado, sufren una condensación al enfriarse por contacto con las capas de aire de la meseta, y forman un anillo de gasa que realza la elegancia de las líneas constructivas de la urbe.

En el interior de la población, cada rincón, cada encrucijada, presenta fondos de tonalidades diferentes; calles de paredones conventuales, monótonos, pardos, sombríos, nos dan la sensación de algo extramundano; para contemplar la Naturaleza es preciso elevar la vista casi al zénit, y sin embargo, seguimos unos pasos más, nos desviamos por otro callejón, que es casi una grieta, y cuando todavía estamos sobrecogidos por la impresión tenebrosa anterior, cuando ya nos hemos acostumbrado a marchar por el laberinto de rúas, nos sentimos en la libertad al encontrar una calle sin tapón, con una jaula sin puerta. Entonces el panorama campestre, siempre bello, nos lo parece más ahora por el contraste; nos sentimos cegados de la luz y color, y el relieve se acentúa; en una palabra, lo contemplamos como si observásemos el inmenso campo estelar a través de un gigantesco antejo ecuatorial.

\* \* \*

El estudio de la técnica del colorido del paisaje toledano que nos ha leído Vera, nos explica ese algo que vemos y sentimos los profanos amantes del Arte complejo que glorifica a Toledo. Nosotros abogamos también por la defensa artística de la ciudad, no sólo conservando monumentos de reconocido valor histórico, sino

procurando evitar la desaparición de sus típicos rincones y de sus hermosas terrazas naturales; todos debemos velar por la conservación de ese ambiente poético en todos sus aspectos, como único medio de defensa material y moral de nuestra ciudad.

En nombre de esta Real Academia, le damos el carifoso abrazo de bienvenida al Artista colmado de laureles, que después de haber trabajado no poco en otros países, vuelve a Toledo, y aquí encuentra su verdadero campo de acción conquistando continuos triunfos, que son glorias para todos los toledanos, y que desde ahora también lo son para esta Corporación.

HE DICHO.

